



EL CIRCUITO DE LAUGHTON

Décadas atrás, en algún lugar de los bosques de Atlantic City, surgió el mítico circuito de Laughton. A mitad de camino entre la leyenda y la realidad, duró poco tiempo y se movió casi siempre en una clandestinidad aceptada por todos, convirtiéndose en uno de los mayores espectáculos de la época.

Este circuito se construyó en una fecha difícil de catalogar, en plena bonanza industrial. Por aquel entonces las fábricas, rebosantes de beneficios, crecieron como la espuma. A pocos kilómetros de distancia existían una maderera, una fábrica metalúrgica, otra automovilística y una más de productos textiles, así como otros negocios de menor enjundia, pero que entre todos daban trabajo a decenas de miles de familias, que se acomodaron en las proximidades de sus trabajos, creando asentamientos sin nombre alguno en medio del bosque.

Aquella era una época próspera en la que los negocios abundaban y los trabajadores, a pesar del duro esfuerzo, ganaban el suficiente dinero para desenvolverse de manera holgada. Para amenizar los días libres de los jornaleros se fueron creando diferentes espectáculos que les distraían sin necesidad de ir a buscarlos fuera del bosque, y sin duda el mayor de estos pasatiempos fueron las carreras celebradas en el circuito de Laughton. Se habilitaron unas gradas que albergaban más o menos a la mitad del público que acudía a ver las carreras, porque



'EL ESPECTÁCULO ERA BRUTAL, SALVAJE'



la otra mitad la presenciaba a pie de pista. A la emoción de las carreras se unía la de las apuestas, ya que lo uno iba estrechamente ligado con lo otro.

A pesar de ser un acontecimiento meramente local, el boca a boca se fue corriendo a la velocidad de la luz, y al final de sus días se convirtió en un evento de primer nivel. Las sumas de dinero que se movían se fueron incrementando hasta llegar a cotas inimaginables para la época. El espectáculo era brutal, salvaje; la gente acudía horas antes de iniciarse las carreras para granjearse un sitio donde contemplar la competición. El circuito tenía un perímetro de unas tres millas, y la pista estaba hecha de madera. Las curvas eran absolutamente endiabladas; existían tramos de rectas seguidos de curvas ciegas y peraltes, que convertían el circuito en una verdadera temeridad. No había carrera en la que no hubiese accidentes, muchos de ellos mortales,

tanto de pilotos como de público que resultaba arrollado por los vehículos. Al ser la pista de madera, cuando caía aceite y se juntaba con la gasolina los coches se convertían en ataúdes con ruedas. Llegó a denominarse vulgarmente como el "asesinómetro". Los pilotos conducían como verdaderos poseos sabiendo que ganar carreras les convertiría en verdaderos héroes. Se celebraba una carrera al mes, y en ésta, aparte de los médicos de urgencia, siempre había un servicio funerario que tenía tanto trabajo como los galenos: todo el que iba allí sabía a lo que se exponía.

La gente acudía enfervorizada al circuito de Laughton, hasta que llegó un momento en que empezaron a cerrar las fábricas, con lo cual las sumas de dinero menguaron ostensiblemente y el lugar fue abandonándose hasta que la jungla lo devoró por completo, sin quedar a día de hoy ningún vestigio del mismo.



Y los otros se volvieron nosotros

Salvemos nuestra empatía, que agoniza junto a esas otras tragedias que nos parecen tan lejanas. Perderla será nuestra íntima tragedia." Así terminaba el artículo que escribí en septiembre del año pasado, cuando cientos de afganos ocupaban las pistas de aterrizaje del aeropuerto de Kabul, desesperados por abandonar el país ante el avance de los talibanes.

Escribía sobre esa empatía selectiva que, como si fuera una moda, nos insta a poner el foco en una crisis por encima de otras; ya sea porque nos queda más cerca, o porque está en el foco mediático o en contra de nuestros intereses. Hoy la guerra de Ucrania ocupa todos los espacios, desplazando incluso las cifras de la pandemia, y esa repercusión influye directamente en la percepción que los ciudadanos tienen de lo que sucede en el mundo.

Al momento de escribir estas líneas más de tres millones de refugiados

ucranianos han huido del país, en lo que se considera ya el éxodo de refugiados más rápido de la historia. Son "como nosotros", hemos podido escuchar en algunas entrevistas televisadas: rubios y de ojos azules.

La respuesta de la Unión Europea, que durante los últimos años ha limitado el estatus de asilo a cientos de miles de personas que huían de otros conflictos, no se ha hecho esperar. En marzo se aprobaba una propuesta legislativa sobre la Acción de Cohesión para los Refugiados en Europa, que permitirá liberar financiación de la política de cohesión para prestar apoyo de emergencia a las personas que huyen de la agresión militar rusa.

Lejos de generar frustración, rabia o ira en los refugiados que llevan años intentando conseguir un visado o un permiso de trabajo, las muestras de solidaridad con el pueblo ucraniano se han manifestado, especialmente,

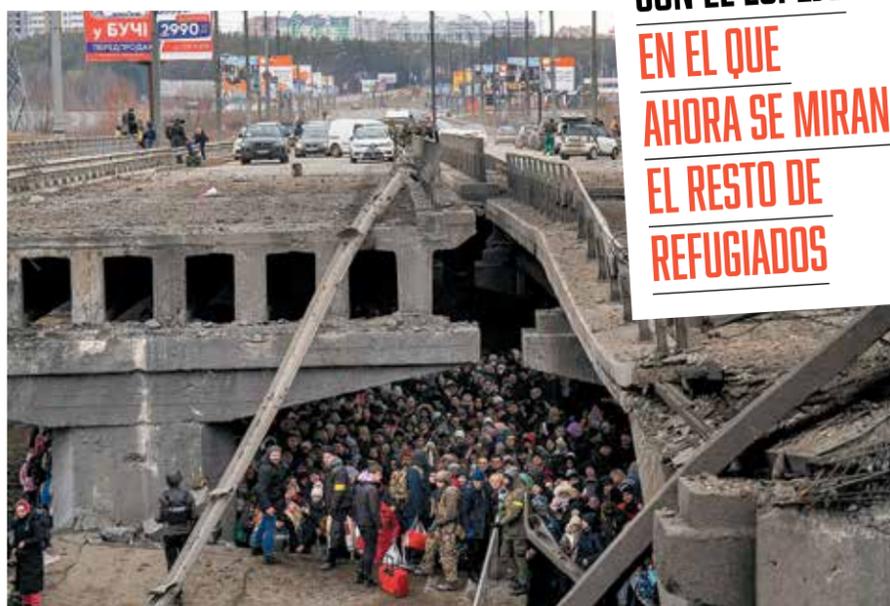
entre ellos. Porque los ucranianos son el espejo en el que ahora se miran.

Así lo expresaba Ayham Al Sati, periodista sirio afincado en Madrid, en la revista online *Baynana*: "Ahora vemos las escenas de los aviones de combate rusos, su bombardeo en tierras ucranianas y la huida de civiles a los refugios, y sentimos un escalofrío que nos transporta al recuerdo traumático de la intervención militar rusa en Siria y la destrucción de hogares sobre las cabezas de sus residentes."

Con mucha profundidad ahonda en estas y otras interesantísimas reflexiones Patricia Simón, periodista malagueña que acaba de publicar *Miedo*, un magnífico ensayo que analiza esa incertidumbre generalizada que presentan las sociedades occidentales —el problema del clima, el desempleo crónico, el encarecimiento de la vivienda, la polarización y crispación social, entre otras— y que provoca cierta apatía por las noticias que nos llegan de otra parte, que les ocurren a otros.

Y ahora que esos "otros" son "como nosotros", ¿podremos por fin despertar de nuestra indolencia y sentir una sincera solidaridad por todos aquellos que, aunque no son como nosotros, sufren como nosotros?

LOS UCRANIANOS SON EL ESPEJO EN EL QUE AHORA SE MIRAN EL RESTO DE REFUGIADOS



La vis cómica

